

¡Estraña paz! Inglaterra se había armado para conservar la amenazada libertad europea, y sin embargo, en este tratado, ni una palabra se dijo en ella ni se pidió tampoco la evacuación de Holanda, ni se hizo men-

merecido por tan prolongados y generosos esfuerzos.

El mundo no os presenta mas que naciones amigas, y en todos los mares se abren para nuestros buques puertos hospitalarios.

El gobierno, fiel á vuestros votos y á sus promesas, no ha cedido ni á la ambición de conquistas ni al atractivo de empresas atrevidas y extraordinarias. Su deber era devolver el sosiego á la humanidad, y reunir por medio de lazos sólidos y duraderos la gran familia europea, cuyo destino es hacer el destino del universo.

La primera parte de su tarea está cumplida: otra comienza para vosotros y para él. A la gloria de los combates hagamos suceder otra mas dulce para los ciudadanos, menos temible para nuestros vecinos.

Perfeccionemos nuestras instituciones y nuestras leyes, pero sobre todo, enseñemos á las generaciones nacientes á amarlas y respetarlas. ¡Crezcan algo para la igualdad civil, para la libertad pública y para la prosperidad nacional! Llevemos á los talleres de la agricultura y de las artes ese ardor, esa constancia, esa paciencia que han admirado á Europa en todas nuestras circunstancias difíciles. Unamos á los esfuerzos del gobierno los esfuerzos de los ciudadanos para enriquecer, para fecundar todas las partes de nuestro vasto territorio.

Seamos el lazo y el ejemplo de los pueblos que nos rodean. Que el extranjero á quien la curiosidad atraiga entre nosotros, se detenga en nuestro país encantado por la dulzura de nuestras costumbres, por el espectáculo de nuestra unión y de nuestra industria, y por el atractivo de nuestros gozes; que cuando vuelva á su patria vuelva mas amigo del nombre francés; mas amigo y mejor.

Si hay todavía hombres á quienes atormenta la necesidad de aborrecer á sus conciudadanos ó el recuerdo de sus pérdidas, inmensas comarcas les esperan; atrévanse á buscar en ellas la riqueza y el olvido de sus infortunios y penas. Las miradas de la patria les seguirán hasta su retiro; ella secundará su valor; y un día, felices con el producto de su trabajo, volverán al seno de la nación, dignos de ser ciudadanos de un Estado libre, y corregidos del delirio de las persecuciones.

¡Franceses! hace dos años este mismo día vió terminar nuestras disensiones civiles y aniquilarse todas las facciones. Desde entonces pudisteis concentrar vuestra energía y abrazar todo lo que es grande á los ojos de la humanidad, todo lo que es útil á los intereses de la patria: en todas partes el gobierno fué vuestra guía y vuestro apoyo. Su conducta será constantemente la misma. Vuestra grandeza constituye la suya, y vuestra felicidad es la única recompensa á que aspira.

París, 15 floreal año X (5 de Mayo de 1802).

ción de la Italia superior, dejando así al enemigo el Piamonte, de donde sacaba las sedas para sus manufacturas, y Génova y Liorna, centro de su comercio en el Mediterráneo, donde no perdía mas que á Malta: lo que se

AL CUERPO LEGISLATIVO.

Legisladores:

El gobierno os presenta el tratado que pone término á las últimas disensiones de Europa y acaba la grande obra de la paz.

La república combatió por su independencia: su independencia está reconocida; la declaración de todas las potencias consagra todos los derechos que le había dado la naturaleza y los límites que debía á sus victorias.

Otra república ha venido á formarse en medio de ella, á adoptar sus principios y á recobrar, tomándole en su mismo origen el antiguo espíritu de los gaules. La república italiana unida á la Francia por el recuerdo de comunidad, de origen y de instituciones, y sobre todo por el vínculo de los beneficios, ha tomado el lugar que le correspondía entre las potencias y entre nuestros aliados. En él se mantendrá por su valor y se distinguirá por sus virtudes. La Batavia, donde ha vuelto á reinar la unidad de intereses, la Batavia, libre de las dos influencias que se disputaban el poder en sus consejos y que estraviaban su política; ha recobrado su independencia, y encuentra en la nación que la conquistó la garantía mas fiel de su existencia y de sus derechos. La sabiduría de su administración le conservará su esplendor, y la activa economía de sus ciudadanos le devolverá toda su prosperidad.

La república helvética, reconocida en lo exterior, continúa agitada en lo interior por facciones que se disputan el poder. El gobierno, fiel á sus principios, no ha debido ejercer en una nación independiente mas influencia que la de los consejos: sus consejos hasta aquí han sido impotentes; espera, sin embargo, que la voz de la sabiduría y de la moderación será escuchada, y que las potencias inmediatas á Helvecia no se verán obligadas á intervenir para reprimir desórdenes cuya continuación amenazaría su propia tranquilidad.

La república, atendiendo á sus compromisos y á la fidelidad de España, debía hacer todos sus esfuerzos para conservar á esta nación la integridad de su territorio. Este deber le ha cumplido en el curso de la negociación con toda la energía que permitían las circunstancias. El rey de España ha reconocido la lealtad de sus aliados, y su generosidad ha hecho en obsequio de la paz el sacrificio que ellos se habían esforzado en evitarle. Así ha adquirido nuevos derechos á la adhesión de Francia y á la gratitud de Europa. Ya el comercio reanimado consuela á sus Estados de la calamidad de la guerra, y en breve un espíritu vivificador introducirá en sus vastas posesiones una nueva actividad y una nueva industria.

En Roma, Nápoles y Etruria, se han restablecido el sosiego y las artes de la paz.

Luca, bajo el imperio de una constitución que

verificaba despues de haber prodigado tanto dinero y de haber llevado á cabo tantas empresas con un éxito feliz. No habiendo podido, pues, nadie lograr de la guerra el objeto que se había propuesto, los políticos previeron desde luego que pronto habría de encenderse de nuevo. No obstante, la Europa se entregó al regocijo tan propio de la paz; los ingleses afluyeron en gran número á Pa-

ris para admirar á un pueblo regenerado y los grandiosos frutos de sus victorias; fomentáronse las especulaciones, y Bonaparte pretendió rivalizar en el Océano con Inglaterra. Pero el imperio de los mares no estaba reservado á Francia, que perdía entonces sus colonias, y entre éstas Haiti ó Santo Domingo, una de las mas hermosas de las Antillas, y la mas fértil en azúcar y café. En ella eran tratados con estrema barbarie los negros (1); pero entre éstos y los blancos se había formado una clase libre de gente de color mas floreciente que en otros puntos, instruida y dueña de una tercera parte de las riquezas de la isla, clase que, sin embargo, no se confundía con los blancos, de los cuales la distinguían espresamente las ordenanzas de Luis XV [2].

La república de las Siete Islas es todavía, como la Helvecia, presa de la anarquía; pero el emperador de Rusia, de acuerdo con Francia, ha hecho entrar en aquel país las tropas que tenía en Nápoles para llevar á aquellas felices comarcas los únicos bienes que les faltan, la tranquilidad, el reinado de las leyes y el olvido de los odios y de las facciones.

Así de un extremo á otro ve la Europa renacer la tranquilidad en el continente de los mares, y su felicidad asentarse sobre la base de la unión de las grandes potencias y sobre la fe de los tratados.

En América, los principios conocidos del gobierno, han dado la seguridad mas completa á la Martinica, á Tabago y á Santa Lucía. Ya no se teme allí el imperio de esas leyes imprudentes que habían introducido en las colonias la desolación y la muerte. No aspiran mas que reunirse á la metrópoli, y le traen con su confianza y adhesión una prosperidad, por lo menos igual á la que había dejado en ellas.

En Santo Domingo se han hecho grandes males; hay grandes males que reparar; pero la insurrección está cada día mas reprimida. Tous-saint, sin tesoro, sin plazas y sin ejército, no es mas que un faccioso errante de bosque en bosque con algunos bandidos como él, á quienes nuestros intrépidos guías persiguen, y que alcanzarán y destruirán en breve.

Se ha restablecido la paz en la isla de Francia y en la India. Los primeros cuidados del gobierno han inspirado amor á la república, confianza en sus leyes y esperanzas de prosperidad. Muchos años pasarán ya para nosotros sin victorias, sin triunfos, en esas negociaciones brillantes que deciden del destino de los Estados; pero otros triunfos deben marcar la existencia de las naciones y especialmente de la república. En todas partes se despierta la industria; en todas partes el comercio y las artes tienden á unirse para borrar el recuerdo de las desgracias de la guerra. Obras de todo género llaman la atención del gobierno.

El gobierno cumplirá este nuevo deber con buen éxito por todo el tiempo que se encuentre investido de la confianza del pueblo francés. Los años que van á trascurrir, serán, es verdad, menos célebres; pero la dicha de Francia se aumentará en proporción de las ocasiones de adquirir gloria que habrá dejado pasar.

HISTORIA.—46

ris para admirar á un pueblo regenerado y los grandiosos frutos de sus victorias; fomentáronse las especulaciones, y Bonaparte pretendió rivalizar en el Océano con Inglaterra. Pero el imperio de los mares no estaba reservado á Francia, que perdía entonces sus colonias, y entre éstas Haiti ó Santo Domingo, una de las mas hermosas de las Antillas, y la mas fértil en azúcar y café. En ella eran tratados con estrema barbarie los negros (1); pero entre éstos y los blancos se había formado una clase libre de gente de color mas floreciente que en otros puntos, instruida y dueña de una tercera parte de las riquezas de la isla, clase que, sin embargo, no se confundía con los blancos, de los cuales la distinguían espresamente las ordenanzas de Luis XV [2].

(1) Un testigo ocular dice: "Todo el alimento que recibían de sus amos los esclavos de Santo Domingo, se reducía á siete ú ocho patatas diarias. Estos desventurados, que se levantaban durante la noche para ir á robar algun manjar, si eran descubiertos se les azotaba despiadadamente. ¡He visto tambien dejar á los negros sin almuerzo, negándoseles una triste patata! Así suele practicarse en casi todos los puntos en donde se refina el azúcar, siempre que no hay habitaciones suficientes para conservar víveres, y entonces los negros están condenados á sufrir el hambre por algunos meses. A duras penas puede llegarse á comprender, cómo los gobernadores, personas muy distinguidas por su noble nacimiento y por su moderación, hayan podido disimular los crímenes atroces que se perpetraban contra los esclavos. Un tal Caradeux, hermano mayor de otro del mismo nombre, y cierto Latoison-Laboule, hacían arrojar con inhumana frialdad á los esclavos en calderas de agua caliente ó en hornos encendidos. Algunas veces los hacían enterrar vivos de pié, dejándoles fuera tan solo la cabeza, y dejándolos perecer de esta manera... En la habitación llamada *Vandrevil et dures*, vivía un procurador, el cual no salía nunca sin llevar en sus bolsillos clavos y un pequeño martillo, de los cuales se servía para clavar á los esclavos por una de sus orejas, arrimándoles á un gran palo que tenía preparado para el caso en un patio. Si hubiesen existido inspectores á fin de vigilar el cultivo, no se habrían cometido crímenes semejantes, ni se habria castigado á los esclavos con quinientos latigazos, bajo la inspección de dos comandantes, y que se repetían al día siguiente, condenando, por último, al desgraciado negro que los había sufrido, á morir en el fondo de un calabozo en donde podía apenas meterse."

(Malenfant, des colonies francaises et particulièrement de Saint-Domingue.)

[2] La parte francesa comprendía:

Blancos.....	30.826
De color.....	27.846
Esclavos.....	465.128
Total.....	523.800

La asamblea constituyente desaprobó los abusos de la esclavitud; pero lejos de abolirla, declaró el tráfico de negros "comercio nacional," y conservó el premio establecido por cada cabeza que se importara. Sin embargo, anuló lo que diferenciaba los blancos de los hombres de color, no admitiendo mas distinción que la de esclavos y libres (28 de Marzo de 1790).

Pero á pesar de que esta medida no hacia referencia á los esclavos, porque los hombres de color disfrutaban de su libertad, desagrado sobremanera é indignó á los blancos, los cuales echaron de ver en ella la próxima emancipacion de los esclavos. Con este motivo pretendieron que se les concediera participacion directa en el gobierno local, y escluyeron á los hombres de color de las comisiones y de los ayuntamientos, apasionando á los que reclamaban sus derechos, y amenazando al gobierno con que se unirían á Inglaterra; de suerte que la asamblea se vió en la precision de derogar su decreto. Ensañados entonces los hombres de color corrieron á las armas, y los negros llamados en esta ocasion á tomar parte en la lucha con sus manos, saciaron su propia venganza abandonándose á toda especie de excesos y haciendo una gran carnicería. Fué entonces cuando la Convencion envió comisionados á Santo Domingo para restablecer el orden y la igualdad de los hombres de color. Estos, entretanto, reducidos al último extremo por la oposicion de los blancos, prometieron libertad á los negros que se les uniesen, aunque no se hallaban preparados para ella. Pero sea lo que fuere, es cierto, que entonces se encontraron treinta mil blancos á merced de trecientos mil negros que comenzaron, como sucede siempre, despues de profundos agravios, por asolar las plantaciones, incendiar á Puerto-Príncipe y cometer asesinatos. [Agosto de 1791].

Francia, sin embargo, no confesó su culpa, y encargó á los atroces jacobinos Santonax y Polverle para reprimir, con seis mil hombres, los desórdenes que habian estallado en aquella isla, dándoles facultades ilimitadas (Setiembre de 1792); pero los ingleses fomentaban la insurreccion é intentaron aun sorprender á Santo Domingo; y últimamente, las enfermedades que por la diversidad del clima esperimentó la expedicion francesa, acabó con ella.

La parte española comprendia:

Libres.....	122.600
Esclavos.....	30.000
Total.....	152.600

Tales estragos ocasionó la guerra, que en 1802, segun dice Humboldt, quedó reducida la poblacion á 375.000. En 1824 ya se habia aumentado hasta 935.000.

Tambien la Guadalupe se habia sublevado bajo la direccion del mulato Pelagio, y los negros hicieron en ella horrible carnicería, de suerte que fué necesario echar mano de medidas muy crueles para sujetarlos. En 1794 la Convencion declaró solamente abolida la esclavitud colonial; el presidente y todos los diputados dieron el ósculo fraternal á los diputados mulatos, y Danton exclamó en alta voz: "lanzamos la libertad á las colonias; hoy se ha hundido la Inglaterra." Pero los primeros perjuicios en esta circunstancia recayeron sobre la Francia misma. Habíase puesto al frente de los haitianos, Tousaint Louverture, esclavo esperto en el manejo del poder, y que no ignoraba la fuerza que se requería para mantener el orden. Louverture, esclavo honrado y escelente católico, al estallar la guerra se habia manifestado adicto á Laveaux, que lo nombró su lugarteniente en el gobierno, y á Santonax, que le hizo general en jefe: pero reputándose entonces bastante fuerte para obrar por sí mismo, envió á los dos franceses como diputados al cuerpo legislativo, rechazó las proposiciones de la Gran Bretaña, salvó á los blancos, y saludado, no sin fundadas razones, como el Espartaco de su raza, hizo prosperar la isla. Cuando Bonaparte tomó el nombre de cónsul, Louverture dió tambien á su país una constitucion semejante á la de Francia, y se tituló presidente vitalicio de la república de Haiti, diciendo: "Yo soy el Bonaparte de Santo Domingo."

Napoleon, esperando hacerlo servir de instrumento á sus proyectos, le envió una proclama y el título de lugarteniente general de Francia, con estas palabras que debian estamparse en el pendon nacional de Haiti: "Valientes negros, tened presente que solo el pueblo francés reconoce vuestra libertad y la igualdad de vuestros derechos."

Tousaint entonces, viéndose bien afianzado en el poder, proclamó la libertad de comercio, la cual hizo prosperar en gran manera la isla; fomentó el trabajo, mantuvo la justicia y el orden, prodigó halagos á los blancos hasta en menoscabo de los negros; adquirió la parte de la isla cedida por Francia á España en el tratado de Basilea, y habiéndose declarado completamente independiente de Francia escribia: "El primero de los negros al primero de los blancos."

Bonaparte, ajeno á las ideas filantrópicas de la asamblea constituyente, reputaba necesaria la esclavitud, y deseaba restablecerla como todas las cosas antiguas. En efecto, en el tratado de Amiens estipuló su conservacion y el tráfico de negros fué autorizado por un decreto del 10 pradiel del año X. Su ambicion, que le inspiraba el ardiente deseo de poseer colonias para rivalizar á lo menos en esto con Inglaterra, se manifestó en la expedicion de Egipto; pero habiendo perdido toda esperanza de colonizar aquel país, quiso que la España le cediese la Luisiana, dando en cambio á un Borbon el reino de

Etruria. Hallándose ahora en paz con Inglaterra, y anhelando ocupar á sus soldados y á los descontentos, pensó seriamente en reconquistar á Santo Domingo, por lo que en vez de halagar á Tousaint, que odiaba á los ingleses, y queria ser libre y francés y reconciliar á aquella colonia con la metrópoli, preparó una sacrilega expedicion, cuyo mando confió á su cuñado Leclerc (Enero de 1802), la cual se componia de veinte mil hombres de desembarco. La resistencia de los negros fué terrible. Tousain y aun mas todavia su lugarteniente, se dejaron llevar de su natural ferocidad, en la cual rivalizaron con ellos los europeos. No sientan bien los penachos en cabezas de monos, decia Leclerc; y echando mano de la fuerza y de la traicion para someter al yugo á quinientos mil hombres, que hacia ocho años que habian recobrado sus derechos naturales, convidó á Tousaint á un banquete, se apoderó de su persona y lo mandó con su familia á Francia á morir de frio en un calabozo, donde efectivamente murió con la persuasion de que *abatido el trono de la libertad de los negros, aun quedaban las raices, las cuales germinarian*. Esta perfidia exasperó la resistencia, y Dessalines, desplegando el furor desapiadado y toda la crueldad de un verdadero esclavo, aseguran que hizo perecer hasta diez mil personas; otro negro llamado Cristóbal, puso fuego al país para talar el terreno que pisaban los franceses. Sobrevino entretanto la fiebre amarilla, que en dos meses llevó al sepulcro á quince mil hombres, y entre ellos á Leclerc; los hospitales rebosaban de enfermos; no se tenia ya fe en ningun pacto: la rebelion se habia estendido por todas partes; los ingleses suministraban armas y escitaban estos furros. El general Rochambeau, que substituyó á Leclerc, mandó arrojar al mar á muchos negros refugiados en los buques, y á algunos mulatos, con lo cual se enemistó tambien con los hombres de color, y al fin se vió reducido á entregarse prisionero á los ingleses, perdiéndose la expedicion, en la que perecieron tal vez veinte generales, y mas de veinticinco mil soldados.

El 29 de Noviembre de 1803 se proclamó la independencia de Haiti, "jurando todos á la faz del universo, morir antes que caer de nuevo bajo la dominacion de Francia." El negro Dessalines, general del ejército libertador, se hizo emperador bajo el nombre de Jacobo I [8 de Octubre de 1804], y dominó toda la isla á escepcion de la parte ocupada por unos pocos valientes, que se sostuvieron hasta el año de 1814. A propósito para la guerra, inepto en politica, sabia vencer, pero no aprovecharse de la victoria. Pethion y Gerin lo hicieron asesinar. Enrique Cristóbal (17 de Octubre de 1806) fué nombrado jefe del gobierno con una constitucion, pero la rechazó; escitó guerra contra Pethion, y se proclamó rey. Despues se mató á sí mismo, y Bonaparte fué proclamado único presidente, el cual reconcentró bajo su autori-

dad toda la isla, y fué reconocido por Francia mediante el pago de ciento cincuenta millones.

Perdida esta colonia, quedaba á Francia la Luisiana; pero Bonaparte, presumiéndose que le era imposible defenderla en una nueva guerra contra los ingleses, pensó en cederla. No solo por equidad, sino por espresa obligacion, habria debido devolverla á España de quien la habia tomado; pero mejor quiso darla á los Estados-Unidos, los cuales se regocijaron de hacerse dueños de un país que duplicaba su territorio y su poder por la ínfima cantidad de sesenta millones (1). Fué este un acto arbitrario por parte del cónsul, que mientras soñaba en adquirir colonias en la India, sacrificó éstas que ya poseía, y en el tratado estipuló donativos para sí y para su familia.

LA SUIZA UNITARIA.—CAMPAMENTO DE BOULOGNE.—NAPOLEON EMPERADOR.

Los que habeis admirado hasta aquí á Bonaparte, hijo reconocido de la revolucion y de la libertad, general victorioso, cónsul restaurador de la paz y del buen juicio, preparaos al dolor de quien ve á una persona querida, contaminarse y hacer traicion á la madre que le dió el ser. Los monarcas se reconciliaron con él en el instante que vieron su anhelo, no á ser jefe del pueblo, sino solamente monarca. En un país deslumbrado por la gloria, pero cansado como Francia, Bonaparte se encontraba con muy insignificantes obstáculos que vencer para tomar la dictadura y reconstruir la monarquía. Ya se habia rodeado de una guardia consular, de oficiales de palacio civiles y militares, y habia rodeado á su mujer de una corte de damas. A las ridículas listas de los nobles, substituyó los colegios electorales; el senado, que habia llegado á ser una especie de poder constituyente, ningun obstáculo puso á sus innovaciones, y el mismo Bonaparte aumentó despues la autoridad de este cuerpo para que con senado-consultos orgánicos pudiese interpretar con toda legalidad la constitucion, completarla y facilitar su observancia. Así lo verificó, porque estaba en la persuasion de manejar á su capricho aquel patriado, al propio tiempo que restringió las facultades de los tribunales, que sospechando su objeto, se le oponian, principalmente en las cuestiones que suscitaba la redaccion del código; así es que disminuyó el número de tribunales y aminoró la facultad de criticar los decretos del gobierno, debiendo hacerlo á puerta cerrada. Instituyó tambien un consejo privado para consultarlo en lo concerniente á tratados con las demas potencias, á fin de evitar tambien en esta parte toda oposicion que se le quisiese hacer. Lle-

(1) Bignon se estasia al ver la generosidad y accion magnánima que dice mostró Bonaparte en esta ocasion.